







































































































solo 3 de cada 10 mujeres termina la universidad, 3 de cada 10 está divorciada, 1 de cada 10 es viuda, etc.<sup>211</sup>

A pesar de toda la evidencia en contra, nos imaginamos que nuestro futuro va a ser positivo<sup>212</sup>. Cuando un amigo pierde el trabajo, una persona probablemente seguirá creyendo que ella no va a perderlo; cuando lo pierde, espera que sea solo una situación temporal; cuando ocurre que es permanente, espera que sea fácil encontrar otro trabajo; cuando ocurre que es difícil encontrarlo, señalará que los problemas son solo financieros, y que por lo menos tiene salud, algunos ahorros, familia, etc. Nuestros deseos colorean nuestras percepciones al punto de necesitar una serie de tragedias, como Job, para quebrar nuestra fe en lo positivo<sup>213</sup>. El pensar positivamente sobre el futuro se verifica especialmente en las áreas concernientes a la salud<sup>214</sup>. Muchos doctores no suelen decir al paciente con cáncer que padece de tal, y las enfermeras dejan este trabajo a los doctores. Los doctores prefieren no hablar del tema y decir lo menos posible durante más tiempo, usando eufemismos y eufemismos de eufemismos para describir la situación del paciente<sup>215</sup>. Y qué decir sobre la muerte misma. Un estudio de Feifel concluye que incluso los pacientes con enfermedades terminales reportan que “ocasionalmente” piensan sobre la muerte<sup>216</sup>.

Las personas están deseosas de calificar virtualmente todo como positivo<sup>217</sup>. Incluso lo neutral lo incluimos dentro de lo placentero<sup>218</sup>. Matlin y Stang se preguntan si en los experimentos las personas realmente *experimentan* un número mayor de pensamientos placenteros, o solamente *reportan* experimentar un mayor número de pensamientos placenteros. Otra vez, un área del proceso cognitivo muestra evidencia del principio *pollyanna*, pero es difícil estar seguros de cuál aspecto del principio es responsable del efecto<sup>219</sup>.

---

<sup>211</sup> *Ibíd.*, p. 161. (Traducción propia). *Vid.*, Canton, C. “Y shines harsh light of reality on teenagers’ Cinderella dreams”. Palo Alto Times, 1975, p. 12.

<sup>212</sup> *Ibíd.*, p. 162.

<sup>213</sup> *Ibíd.*, p. 162-163.

<sup>214</sup> *Ibíd.*, p. 164.

<sup>215</sup> *Id.*

<sup>216</sup> *Ibíd.*, p. 164-165. *Vid.*, Feifel, H. “Religious conviction and fear of death among healthy and terminally ill” en *Journal for the Scientific study of Religion*, 1974, pp. 353-360.

<sup>217</sup> *Ibíd.*, p. 190.

<sup>218</sup> *Ibíd.*, p. 190-191.

<sup>219</sup> *Ibíd.*, p. 133.

¿Por qué las personas habrían de considerar las cosas placenteras como predominantes en sus vidas? Una posibilidad es que el mundo de hecho *tiene* una abundancia de cosas y eventos placenteros, en contraste con las cosas y eventos no-placenteros. Una segunda posibilidad es que el mundo no tiene más eventos placenteros que no-placenteros, pero constantemente buscamos lo placentero<sup>220</sup>. Y, podemos añadir, incluso distorsionamos los eventos, una vez ocurridos. Aunque asumiéramos que el mundo contiene el mismo número potencial de experiencias placenteras como no-placenteras, la selectividad en el pensamiento nos impulsa a ver el lado amable y placentero de las circunstancias. La selectividad en el recuerdo ayuda al reforzamiento de lo placentero en la memoria. Finalmente, el canal de expresión de las experiencias es selectivo también. La expectativa social de lo agradable, el “no hablar de lo malo” (*speak no evil*) y el uso de eufemismos influyen a la hora de reportar cosas agradables y prevenir lo desagradable. Como dicen Matlin y Stang, es una tendencia universal para los humanos la necesidad de justificar su existencia, encontrar sentido y explicación para seguir viviendo. Si la vida merece que continúe, entonces tiene que ser placentera, las ventajas tienen que ser mayores que las desventajas, y tiene que haber más cosas buenas que cosas malas en el mundo<sup>221</sup>. Por así decirlo, la propia existencia es una aseveración de ello (el hecho de no cometer suicidio)<sup>222</sup>. Es decir, que la vida vale la pena, que hay más placer que displacer en nuestra historia. Si en un momento dado la discrepancia entre placer y displacer es alta, las personas tenderán a reducir esa discrepancia distorsionando sus pensamientos, sus recuerdos, sus palabras, etc. antes que cometer suicidio<sup>223</sup>.

Matlin y Stang concluyen, y estamos con ellos, que el principio *pollyanna* es significativo porque está diseminado a lo largo de todo el proceso cognitivo. La selectividad de la información placentera no está limitada a la percepción, al lenguaje, a la memoria o al pensamiento. En cambio, se manifiesta en cada uno y en la combinación de ellos. En nuestra conciencia parece que existe más información placentera de la que entra en contacto con nosotros<sup>224</sup>. Finalmente Matlin y Stang advierten que si una persona posee demasiado *pollyannismo*, esa persona puede desconectarse de la realidad, tomando decisiones incorrectas basadas en la excesiva mirada optimista sobre las personas, los

---

<sup>220</sup> *Ibid.*, p. 143.

<sup>221</sup> *Ibid.*, p. 159.

<sup>222</sup> *Ibid.*, p. 159-160.

<sup>223</sup> *Ibid.*, p. 160.

<sup>224</sup> *Ibid.*, p. 195.



eventos y la vida en general. En contraste, una persona con insuficiente *pollyannismo* podría estar constantemente deprimida, incluso con pensamientos suicidas, porque el proceso de selectividad no está actuando con suficiente diligencia para proteger al individuo de lo no-placentero<sup>225</sup>. Las palabras de Ana, en *El rey y yo*, nos pueden servir de advertencia respecto al principio *pollyanna*.

Cada vez que yo siento miedo  
 mantengo mi cabeza erguida y  
 silbo una canción feliz  
 para que nadie sospeche  
 que tengo miedo.  
 Al temblar mis tobillos  
 clavo una pose desinteresada  
 y silbo una canción feliz  
 y nadie sabe jamás  
 que tengo miedo.  
 El resultado de este ardid  
 es difícil de decir  
 porque cuando engaño a la gente  
 temo engañarme a mí misma  
 también.<sup>226</sup>

Dicho esto, hay que considerar que existen también personas depresivas y personas con deficiencias cognitivas en las cuales no funciona el principio *pollyanna* del mismo modo como hemos visto en la revisión de la literatura experimental, y merecería una investigación adicional. El principio *pollyanna*, como hemos visto, tiene una gran amplitud. Y de ninguna manera planteamos que se aplica de manera igual a todos. Algunos aspectos del principio afectan más a ciertas personas y de modos diversos. Es necesario mencionar, además, que una de las mayores limitaciones del estudio es que la literatura revisada y los experimentos realizados fueron conducidos, en su mayoría, en los Estados Unidos. Siempre es problemático extender, sin más, a todas las sociedades un principio investigado principalmente en una sociedad particular<sup>227</sup>.

Anteriormente nos preguntamos, con Aristóteles, si deseamos el placer porque estamos vivos o la vida por el placer. Dijimos que una atmósfera de placer era imprescindible para la vida. Ahora, después de haber explorado el principio *pollyanna*

<sup>225</sup> *Ibid.*, p. 196.

<sup>226</sup> *Ibid.*, p. 8. (Traducción propia)

<sup>227</sup> Para un estudio intercultural *vid.*, Dodds, Peter *et. alt.* Human language reveals a universal positivity bias. PNAS, vol. 112 (no.8), 2015.

podemos decir que efectivamente nuestra constitución psicológica nos lleva a ser buscadores constantes del placer, al punto de ser capaces de trastocar la realidad a fin de que el dolor no nos lleve a rechazar la vida. La advertencia de Aristóteles se verifica: tanto nuestra *psyché* como nuestra corporalidad nos compelen a mantener la atmósfera del placer. Fructífera investigación la de Matlin y Stang, que mediante experimentos mostró la tendencia psicológica de la mayoría hacia el placer. Añadamos unas palabras de Aristóteles: “los que objetan que no es un bien aquello a lo cual todos tienden, temo que no dicen nada razonable. Decimos, en efecto, que lo que todo el mundo cree es realmente así, y el que intente destruir esta seguridad no encontrará en modo alguno otra más digna de crédito”<sup>228</sup>. Sin embargo, como vimos en el capítulo anterior, hay que decir que el placer, o en este caso el principio *pollyanna*, no sirve como criterio moral llevar a cabo las acciones. Por eso decimos que es preciso que esta reflexión psicológica esté en continuo comercio con la reflexión ética hecha anteriormente. En el próximo capítulo hablaremos de por qué el placer no puede ser el bien supremo.

---

<sup>228</sup> EN, 1172b-1173a.















## PALABRAS FINALES

Mi interés por el placer como objeto de investigación empezó hace algunos años. Esta investigación ha sido fecunda. Tuve la oportunidad de reflexionar sobre la naturaleza del placer, la relación del placer con la felicidad, el placer como fenómeno psicológico y por qué me parece que el placer no es el bien supremo. He encontrado una base sólida, cosa que buscaba al inicio de la investigación, para hablar del placer sostenible y para elaborar en adelante cualquier nuevo cálculo del placer. Sirva esta investigación y las reflexiones hechas en ella para quien, alguna vez, exaltó el placer en su vida. Sin embargo, no sean estas las palabras finales sino, quizá, otras, de mayor sabor a grata aporía.

Cuando un filósofo ha aprendido un principio por el que siente preferencia, que quizás explica muchos efectos naturales, extiende el mismo principio a toda la creación y somete a él cada fenómeno (...) Pero si hay algo en lo que hemos de sospechar esta debilidad de los filósofos, es en sus razonamientos sobre la vida humana y los métodos de alcanzar la felicidad. En este caso, son engañados no sólo por la estrechez de sus entendimientos, sino también por la de sus pasiones. Casi cada uno de ellos posee una inclinación predominante, a la que sus otros deseos y pasiones se someten, y que le gobierna, aunque quizás con algún intervalo, a lo largo de todo el curso de su vida. Es difícil para él comprender que algo, que a él le resulta totalmente indiferente, pueda en algún caso proporcionar placer a alguna persona, o pueda poseer atractivos que escapen totalmente a su observación. Sus propios propósitos son siempre, en su concepto, los más atractivos; los objetos de su pasión, los más valiosos; y, el camino que siguen, el único que conduce a la felicidad.<sup>242</sup>

---

<sup>242</sup> Hume, David., *op.cit.*, pp. 225-227.





